

hallar á María en su cuna las sectas, etc., etc., etc.—El protestantismo.—Depresión del culto de María por la Reforma.—Triunfos de la Iglesia.—Cuna de ciencias y artes.

2.º La halló en su cuna, en su razón de ser moral, ó sea en sus virtudes.—Fe, esperanza y caridad.—Castidad.—Caricaturas protestantes.—El demonio, mona de Dios.—Pobreza de espíritu.—Humildad.—Paz.—Sosiego.—Alegria.—Tranquilidad del alma.—Se halla desterrada donde no está esa cuna.

3.º La halló en su razón de intercesión, en sus favores y beneficios.—Iglesia naciente.—Mártires.—Aurora.—Irrupciones.—Edad media.—Triunfos y glorias.—Leyendas y apariciones.—Nuevos nacimientos.—Acción interior.—Otros nacimientos.—San Bernardo y Cruzadas.—Merced.—Emiliani.—Juan de Dios.—Calasanz.—Flores de María.—Definición, Concepción.—Misioneros Corazón de María.—*Omnia nos habere voluit per Mariam.*—Promesa de Jesucristo.—La Cruz.—Nadie puede reemplazar al catolicismo.—Si se va, no puede venir religión alguna, porque no tiene vida.—Porque no tiene cuna, ni niña, etc. *Le ha adoptado Ella.—Ecce filius tuus.*—Salvado de las aguas.—Exhortación y súplica, etc., etc.

SERMON

DEL DULCE NOMBRE DE MARÍA.

Et nomen Virginis Maria.
Y el nombre de la Virgen
era María.

(S. Lucas, c. I, v. 27.)

Luchaba Israel contra el Filisteo que había establecido su campamento entre Soco y Azeca, en los confines de Dommin, mientras el ejército de Saúl tenía sus tiendas en el Valle del Terebinto; y disponiéndose ya para atacar á los incircuncisos, no escarmentados aún con la horrible carnicería que Jonatás y su escudero habían hecho en sus filas, salía de ellas llevando por delante el suyo, y desafiando insolente á los hijos del pueblo de Dios, un hombre de colosal estatura, de fuerzas hercúleas, que sostenían un peso fabuloso en sus armas, y vestido de guerra: se llamaba Goliath, procedía de Geth, y su aspecto, y sus ademanes, y sus amenazas, ponían pavor en el corazón de Saúl y de sus escuadrones, que tantas veces habían hecho morder el polvo en sangrientas victoriosas jornadas, desde los tiempos antiguos á los hijos de Amón, de Amalec, de Moab y de todos los infieles de la tierra de Canaam, prometida á sus antepasados.

Pero había entre las huestes del pueblo escogido, un pequeño Efrateo, de Belén de Judá, hijo de Isaí, el menor de ocho hermanos, de los que tres se hallaban en el campamento; se llamaba David, y había sido predestinado ya por Dios, y

señalado por el Profeta Samuel de una manera misteriosa; y aunque su ocupación, por el momento, era de pastor, y no de guerrero, oyendo hablar de las demasías del gigante, y de las ofertas de Saúl, al que aceptara su reto, y supiera confundir su insolencia, se presenta al Monarca, se presta al combate; y á las objeciones que se le hacen, no sin fundamento, alega su fuerza probada contra los leones y los osos, que acometieron más de una vez su rebaño.

Accede por fin Saúl, y le viste con su armadura; pero el pastorcillo, para el cual es de todo punto embarazosa, la rechaza; y tomando su cayado pastoril, y su honda, saca del vecino torrente cinco lustrosos guijarros, los coloca en su zurrón, y marcha al encuentro del Geteo.

De nada sirven las burlas y las amenazas del coloso: sus blasfemas palabras son contestadas con otras llenas de la fe y el entusiasmo que ardía en el pecho del pastorcillo; y la primera piedra de su zurrón, inteligentemente lanzada por su invencible honda, aplasta la frente de Goliath, que es degollado luego con su misma espada, por el afortunado Bethlemita.

Conocéis todo este pasaje, ¿no es verdad, mis amados hermanos? y aun os preguntáis, sin duda, porqué, dejando á el Evangelista S. Lucas, desde las palabras de mi tema, con las bellezas inefables de su primer capítulo, de donde están tomadas, he retrocedido á los tiempos de la sombra, y de la profecía, y de la promesa, teniendo abierto el Libro de la realidad.

Pero no olvidéis que la alianza entre ambos Testamentos es perfecta; que en frase de San Bernardo, toda la Santa Escritura está llena de *María*; ¡ya he pronunciado su Nombre! y ya que lo he pronunciado, y que estamos en el día de tan preciada y consoladora festividad de la Madre de Dios, y comentando el bellissimo pasaje de David y de Goliath, del guerrero y del pastor, del gigante y del pequeñuelo, no olvidéis, para concluir ya mi exordio, que el hijo de Isaí era de Belén de Judá, y que Israel se hallaba acampado en el Valle del Terebinto: ¿no aplica la Iglesia la belleza de este arbusto á *María*, exten-

diendo sobre el universo sus ramas de gloria, de protección y de gracia? ¿no era Belén donde *María* debía dar á luz al que la impuso el Nombre de *Estrella del mar y Señora*? ¿no era, en fin, David, ascendiente de *María*, glorioso tronco y raíz de flor tan bella y delicada?

Yo, hermanos míos, que no soy David, pero sí el último como él, y como Manasés en la casa de mi padre; yo, que aunque indigno, apaciento las ovejas del Isaí eterno de los siglos, anciano de los días, y grande y nombrado como él, y más que él, en toda la extensión inmensa de la tierra y de los cielos; yo, que con una sola piedra, la palabra de Dios, puedo aplastar al gigante anticatólico, al detractor de *María*, á la impiedad moderna, en fin, doble y cruel adversaria de la sociedad y de la Iglesia, voy á hablar hoy de ese poderoso, santo y dulce Nombre, presentando la cuestión bajo cinco diferentes aspectos, como cinco fueron los guijarros que David tomó del torrente, batidos y abrigados por sus aguas, para combatir á el Filisteo, en honor de las cinco letras que componen este incomparable *Nombre*.

Señora: si lo sois, como significa vuestro Nombre, aquí tenéis á vuestro siervo humillado, aguardando vuestros mandatos, y suspirando por vuestros favores; si sois también *María, Estrella de los mares*, alumbrad mi derrotero en los de la eternidad, y del tiempo, en que voy á entrar, para ensalzar vuestro Nombre; y para merecer todo esto, os llamaré con mis oyentes, una y mil veces, como Gabriel:

AVE MARÍA.

Es origen de una pregunta en el seno de las academias cristianas, el modo y forma de la existencia de Dios, antes de la creación del universo, ya que después de ella, según nuestro Catecismo, está en todo lugar por esencia, presencia y potencia: y se responde, que cuando nada de lo creado existía,

existía Dios en sí, porque se basta á sí mismo, y porque, á su gloria esencial, íntima, constitutiva, digámoslo así, no añade ni puede añadir jamás un solo átomo, ni el más insignificante detalle, la creación de este universo maravilloso, ni la de millones de universos que pudieran superar al creado en magnificencia y belleza.

Pero la mente de Dios, que es eterna é infinita como Él, que se adelanta á los sucesos, (he dicho todavía poco y mal); que contempla con anticipación de eternidad, no sólo las criaturas que han de existir, sino las que pudieran adquirir existencia, mediante su bondad, su sabiduría, y su omnipotencia sin límites, contemplaba aun antes de los días de la creación, el mundo que había de añadir á esa su gloria esencial y primitiva, otra gloria accidental y posterior; ¿me atreveré á decirlo? así como dió al hombre primero una compañera para objeto de su amor en la tierra, se dió á sí mismo ese mundo y ese hombre para que le amase, y para amarle á su vez, y en él á todas las criaturas por Él existentes, derramando así torrentes de amor sobre lo que creaba, como derramaba torrentes de luz sobre las tinieblas del abismo, iluminando las aguas sobre las cuales era llevado su espíritu, espíritu de poder, de creación, de conservación, de amor, sobre todo.

Y bien, amados hermanos míos: vosotros lo sabéis como yo, y lo habéis escuchado mil veces, tomado del Santo Libro: antes de que se realizara esa creación espléndida y brillante y majestuosa: antes que se separasen las aguas, dividiéndose entre la tierra y el cielo: antes de que se colgasen del firmamento esas maravillosas lucernas, que en frase de Habacuc contestaron á la voz de Dios, abriendo sus ventanas para dar luz en nombre y alegría del que las creara tan hermosas: antes de que fueran ceñidos los mares por esa cárcel de las playas, para usar la valiente expresión de Job: antes de que se elevasen los collados y se fijaran los montes en sus seculares bases: ¿qué más? lo dice la Santa Escritura: *aún no existía el abismo y ya estaba Yo concebida.* ¿Quién? *La Sabiduría Eterna,*

según el sentido literal. ¿Quién? *María*, según el sentido místico, según la interpretación de los SS. PP., autorizada, proclamada, bendita por la voz infalible de la Iglesia.

¿Conque desde entonces conocía Dios ese *Nombre*? ¿conque ese mundo se creó para Ella? ¿conque ese Libro Santo se escribió para Ella, también? me atrevo á decir más, entusiasmado ante ese *Nombre* de eternidad, de dominio, de consuelo y de gloria; ¿conque el Verbo estaba destinado ya para Ella, para encerrarse en sus entrañas de Virgen, para ser hijo suyo en fin? En verdad, mis hermanos, que no hubo *Nombre*, ni lo habrá, mejor aplicado, como aplicado por el mismo Dios: *María* es efectivamente *Señora, excelsa, exaltada, maestra, estrella del mar*; lo es todo, fuera de Dios, en el universo creado como en el mundo de la gracia: entre los ángeles, como entre los hombres: en el cielo, como en la tierra: y ved, ahora ya, mis hermanos, si á David le bastó una sóla piedra, para derribar al gigante, porque esa piedra era el tipo de la Cruz, según los SS. PP. y expositores, ó porque era la primera letra del Santo y terrible Nombre de Dios, el *Jeová* de los hebreos, me bastaría desde luego á mí, la que acabo de lanzar desde el campo del catolicismo, á las tiendas de los modernos incircuncisos, á sus gigantes, al parecer espantables: el *Nombre Dulce y Glorioso de María*, es como el de Jesús nombre de Dios; pertenece á la eternidad, que no al tiempo, y Dios mismo se encarga de aplastar la cabeza de la serpiente con el eterno Nombre de Aquella, que en frase de la Santa Escritura, es agraciada y bella en verdad, pero á la vez terrible, cual ejército ordenado en batalla.

No podemos todavía descender á la tierra: las falanges de Israel presentaban el combate al filisteo, ya no precisamente en el fondo del Valle, sino en una de sus alturas; y antes de bajar á éste, de peregrinacion, de lágrimas y de miseria, es preciso pasar revista, digámoslo así, á otra creación anterior y más espléndida y misteriosa que la del mundo; á la creación angélica, que arroja la piedra segunda.

¿Conocían las ángeles ese Dulce Nombre? sí: lo leyeron en la mente de Dios, y les fué revelado sin duda con el Misterio inefable de la Encarnación del Divino Verbo: la naturaleza humana deificada en la personalidad divina; la criatura exaltada á la maternidad de un Dios, en la persona de María, esas dos nuevas inefables, causaron en los escuadrones celestiales, en virtud de esa revelación suprema, dos muy diferentes antitéticos resultados: la inmensa mayoría de esas privilegiadas existencias, repitió el *Dulce Nombre* de la Madre de Dios, con ecos de aclamación, de amor y de reverencia, mientras los restantes, acaudillados por Lucifer, se hundieron envidiosos y soberbios en el abismo, al escuchar ese Nombre de majestad y de gloria, arrastrando consigo un odio eterno á ese Nombre, como al género humano por él redimido, y al Dios Redentor que exaltaba la naturaleza humana sobre la angélica, en los decretos inexcrutables de su bondad y de su poder: pero se retiraron temblando ante ese Nombre, ante el cual, como ante el de Jesús, y en expresión de San Pablo, se ha de doblar toda rodilla y ha de confesar su gloria toda lengua, en el cielo, en la tierra y en el abismo.

Ese Nombre dulcísimo, mis hermanos, quedó desde entonces formando el incesante lenguaje, la continua y eterna conferencia, el discurso privilegiado y el predilecto canto de la cohorte angélica, confirmada en la gracia y en la posesión de sus sillas, en virtud de su obediencia al mismo; y desde lo elevado de sus inaccesibles alturas, vieron pasar, unas tras otras, las generaciones de los hombres, y los sucesos proféticos, y la espectación universal del mundo, y las heroínas del pueblo de Dios que figuraban, más ó menos, hasta en sus nombres, á la mujer *de Dulce Nombre* por excelencia y antonomasia: y al oír esos nombres, todos significativos y misteriosos, pudieron decir como Samuel á Isaí, que le iba presentando su numerosa prole, santificada por el sacrificio: *Tampoco á ésta ha elegido el Señor*. Y al contemplar á los pueblos, buscando entre errores y entre vicios, y entre supersticiones y

crueledades, la tradición mesiánica y la Mujer prometida, debieron sonreír, con la sonrisa amorosa de los ángeles, compadeciendo á aquella muchedumbre que no encontraba esa Mujer, ni menos sabía su *Nombre*.

Y ellos deseaban revelarlo al mundo, al mundo todo, de quien debía ser *Maestra y Señora*: sin duda lo pronunciaron al oído de Joaquín y de Ana, en sueño y revelación misteriosa: lo murmuraron dulcemente junto á la cuna de la Hija de David, humilde y empobrecida: lo hicieron resonar en el fondo del lugar santo, cerca de la morada del Sumo Sacerdote que custodiaba el precioso tesoro; junto á la cabecera del justo José, aunque sin confiarle toda la entidad del secreto; luego, cuando se les mandó hablar, cuando se les ordenó enviar un diputado de su augusto seno á la tierra, para pedir el consentimiento de la casta doncella que había de desposarse, en unión nunca vista, ni jamás concebida, con el Espíritu fecundo de Dios, Gabriel, el arcángel de la Fortaleza, feliz elegido para tanta y tan dulce misión, llegó presuroso á Nazareth, descendiendo de lo alto, cayó de rodillas ante *La Señora*, y por primera vez hizo resonar la tierra, con su Nombre. *Dios te Salve, María*.

Vamos, señores, bajemos ya nosotros también; que el Nombre de María ha bajado aquí, entre nosotros, en labios de un ángel: que el mismo Verbo ha bajado á su seno; que está vencido y sujeto, y herido de muerte Goliath: saquemos nosotros, al menos ya, su espada, para rematarle con sus propias armas; y puesto que ese Nombre resuena ya en la tierra, como arrojado por la honda del Señor Dios de los ejércitos desde el cielo, defendámosle, como buenos, en la medida de nuestras pobres fuerzas.

¡Nombre dulcísimo, sobre toda dulzura! ¿quién podrá explicar entre los hombres tu protección y consuelo? vengan los SS. PP. y á su cabeza S. Bernardo, inimitable de todo punto, al hablar de la significación, de la belleza, de la dulzura, y sobre todo, de la extensión en grandeza, protección, miseri-

cordia y poder de este Nombre, dado verdaderamente á los hombres, para su salvación y remedio: vengan los doctores y los apologistas cristianos, de todos los siglos, y de todos los ramos de la ciencia humana, llevando en su mente y en su corazón, en sus labios y en su pluma, al frente de sus obras gigantescas, monumentos eternos de inspiración y de saber, ese *Nombre* por tantos conceptos dulce y hermoso: vengan los Reyes y Jefes de Estados, colocándolo por encima de sus coronadas testas; los grandes de la tierra, los nobles, según la estimación y título del mundo, constituyendo en él su grandeza más absoluta, y su nobleza más preciada: los Santos, confesando en ese Nombre, su victoria y su remuneración y su premio: los pecadores, su refugio y su amparo: los artistas su genio y sus laureles: los ejércitos de mar y tierra sus triunfos más gloriosos: sí; venga Viena, apretada en el cerco por la morisma, cuando parecía ya imposible la reaparición de la media luna en Europa, venga contestando con la honda y la piedra de ese *Dulce Nombre*, sacada del torrente de sus lágrimas en casas y templos, en plazas y en calles á las descargas incesantes de la artillería musulmana; que Sobieski, el monarca de Polonia, el que se sienta en el solio de Casimiro, el poeta de María, viene ya en su *Nombre* á libertarla: levanten su voz los campos de Belgrado, en que se arrastra teñido en sangre el verde estandarte del falso Profeta de la Meca; que clamen las aguas de Lepanto y Corfú: que eleve sus himnos de alabanza, y acción de gracias la Iglesia, instituyendo la festividad del *Dulce Nombre de María* por las victorias que al eco de ese Nombre acababan de obtenerse en Austria.

Mas acabo de nombrar una gloria española, Lepanto: y ese recuerdo glorioso evoca en mí el de la *Festividad del Dulce Nombre de María* que también acabo de citar, como evoca el del *Rosario* con la *Fiesta de la Victoria*, y tantas otras, en que siempre llevó la mejor parte el pueblo español; y aunque la humanidad haya arrojado ya su piedra en defensa de ese *Nombre* tan dulce como glorioso para ella, reservó aún otra

para España, y muy especial, en orden al *Nombre de María*.

Mucho antes de la victoria de Belgrado y de la libertad de Viena y de las gloriosas marítimas empresas de Lepanto y de Corfú, que dieron el golpe de gracia al islamismo en Europa; cuando los españoles, después de siete siglos de lucha con la raza africana, la estrechaban ya á las orillas del Darro y del Genil, para encerrarla otra vez, como á la fiera en su guarida, en las ardientes soledades de donde procedía; cuando Boabdil el Chico, último Rey granadino, se defendía obstinadamente tras de los muros de la Alhambra, del poderoso empuje y ejército verdaderamente nacional, capitaneado por los Reyes Católicos, uno de sus más celebrados caudillos, Hernán Pérez Pulgar, *el de las Hazañas*, concibe, en un momento de religioso y patriótico entusiasmo, la idea de penetrar en la ciudad morisca, y clavar con su daga, en la puerta de su principal mezquita, un pergamino, en que tan sólo van trazadas las palabras angélicas *Ave María*: y la concibe, y la realiza, en medio del espanto, primero, y de la admiración de todos después; y cuando el gigantesco moro Tarfe, salga á desafiar al ejército cristiano, acampado en la Vega, como el de Israel en el Valle del Terebinto, llevando atado á la cola de su arrogante corcel, y arrastrando por el polvo ese pergamino glorioso y profético, no faltará en el campamento de Fernando y de Isabel, un David pequeño, que luche y venza al Goliath sarraceno; que Garcilaso de la Vega, el dulce poeta, cuyos laureles no se han marchitado todavía, ni se marchitarán jamás, joven adolescente, casi niño, oprimido como el hijo de Isaí bajo el peso de su cota de guerra, aceptará muy luego, sin vacilar, el insolente reto de Tarfe, y recobrará, teñido en la sangre del moro, el pergamino que ya penetró en Granada, paseándolo en lo alto de su acero, por el frente de los escuadrones cristianos.

Dejadme, que voy á concluir: pero no quiero soltar la honda y la piedra españolas, sin citar á la Diócesis de Cuenca, en que se celebraba esta festividad en el siglo décimo

sexto: sin enviar un saludo afectuoso á la de Toledo, que bien pronto imitó su ejemplo, y siguió su camino; sin consagrar una línea siquiera, á la Congregación del *Ave María*, instituída en mi natal pueblo de Madrid, por el Beato Simón de Rojas, ornamento del Orden Trinitario, y gloria de Valladolid, la antigua Corte del Reino, que cual otro Bernardino de Sena, respecto del Santo Nombre de Jesús, difunde, como la luz, por todas partes, el *Dulcísimo Nombre de María*, primera frase que pronunció en la vida: quiero llevaros con él á la cámara augusta, donde yace presa de un deliquio mortal la Reina Doña Margarita, esposa de D. Felipe III; y allí, en presencia del monarca, de la familia real y de sus áulicos que llenan el aire con sus sollozos y sus clamores, creyendo difunta á su adorada señora, escucharéis el *Dulcísimo Nombre* de la que lo es de cielo y tierra, puesto en los labios del ilustre castellano viejo, que al penetrar en la regia estancia, tranquilo y sosegado, como David ante Goliath, sólo pronuncia su acostumbrado saludo, proverbial antes en la buena y cristiana sociedad española: «*Ave María;*» *Sin pecado concebida*, Padre Rojas, contesta la afortunada princesa; como si el eco de ese *Nombre Dulcísimo* despertara en ella, en todo su ser, en su corazón, en su mente y en su memoria, el recuerdo de los triunfos de Viena y de Belgrado, la inmensa aclamación de María, entre el estampido de los otomanos cañones.

Queda todavía, hermanos míos, un guijarro en el torrente de las grandezas del *Nombre de María*, ó más bien, en mi pobre alforja de guarda de su ganado; y para terminar dignamente esta solemnidad y esta fiesta, quiero que le arroje á la frente de este siglo excéptico y descreído, impulsado por la honda de su fe, y por la acción poderosa del brazo de su piedad la persona devota (Cofradía ó pueblo) que la consagra estos piadosos y reverentes cultos: no importa, no, no importa nada que los que alardean de gigantes en ciencia, en riquezas, en dominación, se mofen de estos Davides humildes, que todo lo fian á Dios y al *Dulce Nombre de María*, rechazando mil

veces las fuertes armaduras de otros Saúles, reprobados por su vanagloria y orgullo: los pequeñuelos, los débiles, los *fanáticos*, los *preocupados*, según la frase de esos espíritus fuertes en que desgraciadamente tanto abunda nuestro siglo, han sido, son y serán siempre los elegidos por Dios para las grandes empresas, para confusión de los fuertes, según la frase de San Pablo: que mirando Dios la humildad de *María*, hizo en Ella cosas tan grandes, que la llaman y la llamarán bienaventurada todas las generaciones hasta el fin del universo.

Dulcísimo Nombre: sed nuestro escudo, nuestro amparo y nuestra protección; pues sois *Señora*, mandadnos; pues sois *Maestra*, dadnos lección; como *Estrella*, alumbrad nuestro camino; como *Excelsa y Exaltada*, sublimadnos por vuestra misericordia algún día, desde este valle de lágrimas, á los eternos tronos que rodean el vuestro, en la Gloria.—Amén.

PLAN GENERAL DEL SERMÓN DEL DULCE NOMBRE DE MARÍA.

Et Nomen Virginis Maria.
Y el Nombre de la Virgen era
María.

(Ev. S. Lucæ c. I, v. 27.)

Exordio. Lucha de David con Goliath.—Las cinco piedras del zurrón, en honor de las cinco letras de ese Nombre.

- 1.^a Dios: conoce ese Nombre desde la eternidad; su significación, su grandeza, etc., etc.
- 2.^a El Angel: la nombra el primero.—Bellezas de la vida y muerte de María; por los ángeles..... etc., etc.
- 3.^a El hombre: necesidad de invocarla; dulzuras de ese Nombre.—SS. PP., y experiencia.—Viena.
- 4.^a España: Nación de María.—El Beato Simón de Rojas; Hernán Pérez del Pulgar, y otros hechos.
- 5.^a Pueblo, Cofradía ó persona devota, por quien se dedica la fiesta.—Súplica.